

PRESENTACIÓN

Dr. Jesús Márquez Carrillo

El tiempo enseña: se viaja con
equipaje propio, pero se vive
con el legado de quienes se
fueron.

Arnoldo Kraus

Para Roland Barthes, el historiador da la impresión de contar hechos, pero en realidad enuncia *sentidos*.¹ Selecciona, recuerda, rescata e inventa trozos del pasado, que organiza de cierta manera y los imanta, dependiendo de su relación con el poder y de sus múltiples determinaciones sociales, afectivas, morales, intelectuales y culturales.² El conocimiento histórico, señala Raymond Aron, “no tiene por objeto una colección de hechos reales arbitrariamente reunidos, sino de conjuntos articulados, inteligibles”.³

Luego, si el hecho histórico no existe, sino más bien se construye en la urdimbre y la trama de una cadena de significaciones y de determinaciones contextuales, el trabajo del historiador no es el de rehacer la historia, sino el de hacer la historia, en la medida que produce nuevos discursos sobre el pasado, en la medida que inventa y relaciona procesos desde un espacio físico y social que permite, prohíbe, encauza o hace visibles ciertas problemáticas y su tratamiento específico, pues en definitiva, no se puede hablar en cualquier época y en cualquier lugar de cualquier cosa.⁴

Hijo de su tiempo, el historiador alberga ideas, creencias, intereses, esperanzas y sueños. No es aséptico; puede ser honesto, pero no objetivo en su significado literal.⁵ Su visión del pasado está condicionada -no determinada- por las redes sociales y culturales en que se inscribe; de ellas emergen sus propios modos de pensar, decir, sentir y hacer en el mundo, también

¹ *Apud.* Certeau, 1985, pp. 60-61.

² Sobre la historia recordada, rescatada e inventada, vid: Lewis, 1984, pp. 21-23

³ Aron, 1983, p. 121.

⁴ Foucault, 1979, pp. 73-76; Le Goff y Santoni Rugiu, 1996, p. 21. Certeau conceptualiza a la operación historiográfica como la relación entre un lugar (una institución), varios procedimientos de análisis (una disciplina) y la producción de un texto (una escritura). *Vid.* Certeau, 1985, p. 72, 86.

⁵ Brom, 1998, p. 96; Le Goff y Santoni Rugiu, 1996, p. 56. Para Carr un historiador es objetivo porque “sabe proyectar su visión hacia el futuro de forma tal que él mismo penetra el pasado más profundamente y de modo más duradero que otros historiadores cuya visión depende totalmente de la propia situación inmediata”. Carr, 1985, p. 166.

son éstas las que orientan no sólo sus propósitos y fines de investigación, sino también los temas, problemas y enfoques que consumen sus labores cotidianas.⁶ El historiador está “inmerso en un marco en el cual se autore- presenta y, en tanto se determina de acuerdo a qué documentos muestra, cómo lo hace, para qué, para quién y cuándo, no es un espectador del proceso de construcción del conocimiento del pasado sino un participante activo”, pues se esfuerza por encontrar y difundir lo que desde su perspectiva y sus particulares afanes merece no perecer.⁷ Los datos de la historia “no pueden ser puramente objetivos, ya que se vuelven datos históricos precisamente en virtud de la importancia que les concede el historiador”.⁸

Precisamente por esta causa, el gran público debiera familiarizarse con el trabajo del historiador, esto le llevaría a comprender los usos de la memoria, a saber que la memoria individual, la memoria colectiva y la memoria compartida son tan selectivas como el olvido y el aprendizaje, a entender que la memoria - siempre variable en el tiempo y en el espacio-, está hecha de tenues recuerdos y olvidos, pero sobre todo a darse cuenta que ninguna mirada hacia el pasado es inocente. Uno recuerda lo que puede, quiere, necesita y le interesa recordar, aunque ello no sea *de motu proprio*, sino obra de nuestros tejidos sociales y los tiempos.⁹ Si el pasado cuenta “es por lo que significa para nosotros. Es el producto de nuestra memoria colectiva, es su tejido fundamental”.¹⁰ Sobre esta base ¿Desde dónde habla y qué historia le interesa recordar a José Ariel González Bustillos?

Al estudiar la historia de la ciudad confluyen distintas disciplinas, tradiciones, teorías, métodos, perspectivas y enfoques situados en el tiempo e influidos por el contexto social.¹¹ En México, la represión del movimiento popular estudiantil de 1968 produjo tres tendencias políticas diferenciadas en la izquierda: la primera fue un movimiento con ramificaciones urbanas y rurales, que sucumbió por los embates del gobierno federal, a comienzos de los años setenta; la segunda le apostó a la construcción partidaria y, eventualmente, de participación electoral, cuando las reformas políticas lo hicieron posible, y la tercera, por último, fue atraída por las oportunidades políticas y el imperativo moral que percibió de trabajar entre los pobres. Guiada por el concepto de “volver al pueblo”, esta tendencia se dio a la tarea de construir

⁶ “En verdad, escribe Marc Bloch, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado”. Bloch, 1975, p. 49.

⁷ Cita de Berenson Gorn, 2001, p. 11; Aron, 1983, p. 113.

⁸ Carr, 1985, p. 162.

⁹ Bertrand, 1977, pp. 8-9; Le Goff, Santoni Rugiu, 1996, pp. 21,55; Viñao Frago, 1996, p. 34-

¹⁰ Chesneaux, 1977, p. 22.

¹¹ Vid. Castillo Fernández, 2009, pp. 171-176.

nuevas formas de poder social a través del trabajo de base.¹² De ahí que se considerara a las luchas urbanas populares en un plano de igualdad, unas veces, y de complementariedad, otras, con las luchas de clases. De esta suerte, influidos por la sociología urbana de Manuel Castells, los movimientos sociales urbanos comenzaron a ser vistos en México -sobre todo en una de sus vertientes- como fenómenos centrales del cambio social.¹³ El contexto histórico, además, lo permitía.

Después de 1968, la represión contra los movimientos estudiantiles y sociales hizo que clases medias radicalizadas pensaran en distintas vías para cambiar el país, desde la organización social y comunitaria hasta la guerrilla rural (Chihuahua, Guerrero, Sinaloa, Michoacán, etcétera) y urbana (Ciudad de México, Monterrey).¹⁴ Si entre 1972 y 1975, fueron asesinadas cerca de 5,000 personas (guerrilleros, policías, transeúntes, familiares y amigos de los guerrilleros) en diversas acciones armadas o en asaltos a “casas de seguridad” y hubo más de 500 desaparecidos, el marxismo, a la par, se convirtió después de 1968 en un elemento “necesario e indispensable para hacer la revolución”.¹⁵

Por ende, a principios de los años setenta, en diversas universidades de “provincia” (Puebla, Guerrero, Oaxaca, Zacatecas, Sinaloa) y en varias facultades de la UNAM (Ciencias, Ciencias Políticas, Filosofía y Letras, Economía), además de preparatorias y colegios de la misma, empezó a divulgarse esta ideología para la investigación y la acción política.¹⁶ En Puebla, el proyecto de la Universidad Democrática Crítica y Popular la alentó, y encima encontró un campo fértil toda vez que hubo un repunte de los movimientos urbanos populares en la ciudad y en el país.¹⁷ Pero además -como entre 1975-1979 las más importantes ciudades españolas fueron también escenario de una serie de luchas urbanas- dentro del propio marxismo aparecieron distintas investigaciones con enfoques teóricos y metodológicos propios, en cuales se puso de relieve la fuerza reivindicativa y transformadora de los movimientos sociales.¹⁸ Ariel se formó en esa época, y por convicción se adscribe a esta perspectiva teórica. Desde ella nos propone una valoración de los movimientos sociales en Puebla, reivindicando su sentido político y el alcance de sus propuestas. “La historia de la ciudad, nos dice Jordi Boija, es la de su espacio público. Las relaciones entre los habitantes y entre el poder y la ciudadanía

¹² Haber, 2009, pp. 217-218

¹³ Martínez López, 2003, pp. 83-84

¹⁴ Sobre la guerrilla en México, entre 1965 y 1978, vid. Pérez Arce, 2007, PP139-173.

¹⁵ Mosiváis, 1997: <http://www.fractal.com.mx/F5monsiv.html>.

¹⁶ Mosiváis, 1997: <http://www.fractal.com.mx/F5monsiv.html>.

¹⁷ Castillo Palma, 1984.

¹⁸ Los casos más estudiados fueron los de Madrid (Castells, Rodríguez Villasanté), Barcelona (Boga, Olives) y Bilbao (Berriatua, Urrutia). Vid. Urrutia, 1992, pp. 49-50-

se materializan, se expresan en la conformación de las calles, las plazas, los parques, los lugares de encuentro ciudadano, en los monumentos. La ciudad entendida como sistema, de redes o de conjunto de elementos -tanto si son calles y plazas como si son infraestructuras de comunicación (estaciones de trenes y autobuses), áreas comerciales, equipamientos culturales es decir espacios de uso colectivos debido a la apropiación progresiva de la gente- que permiten el paseo y el encuentro, que ordenan cada zona de la ciudad y le dan sentido, que son el ámbito físico de la expresión colectiva y de la diversidad social y cultural. Es decir que el espacio público es a un tiempo el espacio principal del urbanismo, de la cultura urbana y de la ciudadanía. Es un espacio físico, simbólico y político”.¹⁹

En *La disputa por el territorio. Movimientos sociales y poder político en Puebla, 1920-1945*, la historia que nuestro autor quiere hacernos presente es la historia de la formación de las colonias obreras, la historia del enfrentamiento de obreros y campesinos contra quienes monopolizaban la propiedad de la tierra en las periferias de la ciudad: hacendados, rancheros y empresarios. Entre 1907 y 1942 -nos dice- la ciudad creció al doble, pasó de 460 a 986 hectáreas. Este notorio crecimiento se debió a la conformación de medio centenar de colonias, impulsadas en su mayoría por organizaciones gremiales de trabajadores; el origen de las colonias obreras no es dádiva, es producto de la lucha social de los trabajadores. Desde sus organizaciones gremiales determinaron ocupar terrenos para construir sus viviendas y cultivar los “terrenos ociosos” para subsanar sus ingresos, cuando los patronos cerraron y pararon las fábricas.

Este libro, por otra parte, es también una historia heroica, una historia de los derrotados, una historia de cuando el movimiento obrero se solidarizó con los más diversos sectores de trabajadores y asalariados como ferrocarrileros, profesores, campesinos, periodistas, albañiles, empleados del comercio y hasta los “sin trabajo”. A través de sus páginas hay un registro de esas luchas solidarias que incentivaron una toma de conciencia respecto a sus derechos sociales y políticos hasta involucrar a los desposeídos en las contiendas electorales donde se confrontaron a los “políticos profesionales”: los revolucionarios y su partido.

En fin, el nacimiento de un libro es siempre un hecho digno de celebración, tanto más si éste nos convida a navegar por una historia olvidada que es bueno recordar para ayudar a que amanezca.

¹⁹ Boija, 2000, p. 8.